



OBSERVACIONES

SOBRE LOS ÚLTIMOS SUCESOS DE ALCOY.

(Apuntes para la historia.)

POR

R A F A E L S E V I L A

ALICANTE.-1874.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE

Vicente Costa y compañía,

SAN FRANCISCO, 21.



DEDICATORIA.

Sr. D. Francisco de Asis Cabrera.

Mi querido amigo:

Noble, grande, sublime, es sin duda la misión del escritor que, levantándose sobre las grandes miserias que le rodean, y de continuo hieren su imaginación y sus sentidos; haciendo caso omiso de las mezquindades humanas, sin que le arredren los envenenados dardos de la calumnia, ni las mordeduras de la baja envidia, dice la verdad por triste, por dolorosa que esta sea. Esto es, amigo mío, lo que me propongo en estos apuntes, que siempre fue la verdad el faro luminoso, que guía al navegante en el agitado y proceloso mar de la vida.

No busques belleza literaria, en estas OBSERVACIONES, hijas de un detenido exámen acerca de los hombres y de sus hechos. No, no te canses en querer hallarla porque será tiempo perdido. No tengo la costumbre de sacrificar el fondo á la forma. ¿Será mas honrada la mujerzuela de corazón corrompido, por ataviarse con ricas galas? Ciertamente que no. Todo lo que en su esencia es malo, nos causa repugnancia. Ya que una voz elocuente no abone esta obra, que la justifique al menos una voluntad noble y una intención generosa y santa.

A cáptala como un débil recuerdo, y escribe un prólogo, te lo suplico, pues será, no hay duda alguna, lo mejor de mi libro.

Adiós, querido amigo, dispón como gustes de tu afectísimo y S. S.

Q. B. T. M.

Rafael Sevilla.

DOS PALABRAS AL LECTOR.

I.

Se me pule una especie de prólogo. ¡Pobre de mí! ¿Qué puedo hacer yo, un joven de 25 años, sin mas instrucción que la muy precisa para mí mismo? No sé lo que saldrá, querido lector, pero salga lo que salga, ahí vá.

II.

Dice el oscurantista: «los tristes sucesos que hemos presenciado en nuestros días, son legítimas consecuencias de la libertad.» ¡Bien por los oscurantistas! Ellos que han gobernado por dilatados años nuestra patria; ellos que nos han legado la perfidia, «l engaño, la falsedad y la ignorancia, Ron los que hoy vienen á esclamar: «¡Maldita libertad!» ¡Oh libertad sacrosanta! Hoy te ves maldecida por aquellos misinos hombres que te usaron para sí propios. Mas ¿qué importa si tienes en cambio quien cante tus esclencias? Salve ¡oh palabra pura! Eco mágico, procedente del trono de Dios! Yo te saludo; y entusiasmado canto tus glorias y me regocijo con tus saludables efectos. Tú llevas la paz y la alegría á la pobre familia humana; tú elevas al hombre dejando desarrollar sus facultades físicas e intelectuales; tu respetas todos los derecho y confundes los abusos del poder, tú, en fin, la que regeneras lo abyecto y envilecido. Unos te roban, la existencia para sus *altos fines*. Otros que se llaman tus hijos, los que mus te necesitan, te pisotean y escarnecen con sus vandálicos actos. Ni unos ni otros son liberales, ni unos ni otros son tus hijos. Los primeros te conocen, pero son egoístas. Los segundos te aman, pero te desconocen á causa de su ignorancia. Tu vives solo para el hombre honrado, para el que desea el bien y en él se goza, para él que es verdadero hijo de Dios. ¿Por qué al oírse tu nombre, mi alma se extasía y se dilata mi corazón? Porque sin tí seria esclavo miserable, ignorante, estúpido y corrompido miembro de esta sociedad: porque tu eres la vida del mundo, la

voluntad divina revelada al pobre mortal. La melodía de tu nombre es mas dulce y cadenciosa que la música que producen los astros y los soles al girar sobre sus ejes de luz. ¡Bendita seas!

III.

Al considerar seriamente los desmanes y locuras de la internacional en Alcoy, mi rostro palidece, mis ojos se llenan de lágrimas, de mí alma brotan sentimientos de justa indignación, y por todas partes veo manchas de sangre, rostros demacrados y hombres convertidos en hienas. ¿Quién tiene la culpa? No es fácil decirlo. Pero desde luego puedo asegurar, que la culpa no solo está en la ignorancia del pueblo, en la sed de oro y honores de los farsantes políticos que desbordan las masas, si que también en los egoístas poderosos que siempre han vivido en la opulencia, escarneciendo los harapos del pobre, y faltando á la caridad, la mas ancha caridad, que debe unir á todos los hombres como hermanos, como hijos de un padre común, Dios. Estos males pueden y deben remediarse. ¿Cómo? Instruyendo al pueblo y siendo mas caritativos los poderosos.

Triste cosa es ver que el que mas moralidad cacarea, que el que mas pureza de principios y acciones proclama, suele con frecuencia olvidar lo primero por un puñado de oro vil, y ser traidor á sus principios, embriagado por el venenoso incienso de los honores, ó el deseo de figurar por figurar.

Dos son las clases de hombres que han tomado parte activa en este plagio del comunismo francés. Una puede llamarse medianamente instruida. Otra, ignorante ó engañada. Los que constituyen la primera, deben ser señalados con el dedo, para que la humanidad conozca su conducta y su modo de vivir. Los comprendidos en la segunda, les debemos compadecer, y en vez del anatema, darles instrucción, pues el pueblo que no sabe, no puede ser libre. Sabido es que la ignorancia es el germen de todos los malos. Esta aserción, si otras pruebas no hubiera, fuera aceptada con solo recordar los hechos recientes en nuestro país, ó hacer una breve excursion mental por el anchísimo campo de nuestra historia. España ha estado degradada porque, no ha leído; y no ha leído porque no ha sabido leer; porque se la ha tenido oscurecida para favorecer de este modo los manejos y absurdos de algunas clases de hombres, empeñados en

desacreditar los bellos ideales y en matar la luz esplendente de la civilización.

Al pueblo no se le ha enseñado sino cuatro romances de ciegos; no se ha alimentado sino con consejos de duendes y contrabandistas; no ha tenido mas ejemplos de *instrucción*, que la perspectiva que ofrece una plaza de toros, un patíbulo, un auto de fe, ó una romería.

Y un pueblo avezado á contemplar cuadros tan repugnantes ¿qué ha de hacer sino ensayar otros semejantes los días ú horas que se constituya en autoridad. Si se le hubiese enseñado en vez de la intolerancia religiosa, el amor a todos los hombres, hoy que en su mayoría es irreligioso, respetaría la religión y á los religiosos. Si no se le hubiese enseñado la holgazanería con el repartimiento de sopas conventuales, fuera mas trabajador. Si se le hubiese obligado á saber leer y escribir, por lo menos, no le viéramos hoy en torpe confusión de ideas, rechazando lo que debe admitir, y admitiendo lo que debe rechazar. De esto tenemos un ejemplo en los pulpitos. Predica algún gran teólogo que ha encanecido en el estudio de la ciencia de Dios, y en los pueblos especialmente, es escuchado con disgusto sumo. Predica algún joven de buen pulmón, que mas bien que pastor de almas debiera, ser pastor de cabras, y es venerado como insigne orador. En el pueblo ignorante, el que mas fuerte grita y mas puñetazos dá sobre el púlpito, es el que tiene mas razón, el mas sabio. ¡Oh poder de la ignorancia!

IV.

¿Qué es la vida? El paso de un viajero por un desierto árido y abrasador. ¿Qué goces experimentamos en ella? Lágrimas, suspiros y contradicciones. Añádase á esto la poca ó ninguna conformidad con la posición que ocupamos, y veremos que la vida no es sino una agonía continuada. ¿Por qué? Porque, nuestro estado es imperfecto, es decir, ignorante. Porque no sabemos ú olvidamos que la humanidad no ha tenido mas que un origen, y nos miramos como enemigos, cuando somos mas que amigos, *hermanos*, efectos de una misma causa.

Cada uno marcha, envuelto en el ancho y sucio sudario de su egoísmo, deseando adquirir una dicha, que no alcanza, aunque sea á costa de la desventura de los demás. La mayor parte de la humanidad lucha por esterminar al resto. ¡Triste espectáculo! ¡Horroroso horizonte! La historia del

hombre no presenta mas que sangre, dolores, ayes, suspiros y vergüenzas. Cada una de sus páginas es un crimen, cada letra una queja.

¡Ah! terroristas que vais de pueblo en pueblo esparciendo vuestras estudiadas doctrinas para alcanzar nombre y posición! Muy ancha debéis tener la conciencia. No mintáis, engañando al pueblo. Decid siempre la verdad y acudid tan solo donde os llama el deber. Luzca la fraternidad entre los hombres y empiécese á realizar alguna vez lo que el Evangelio nos dice se cantó en el nacimiento de nuestro libertador Jesucristo: «GLORIA Á DIOS EN LAS ALTURAS Y PAZ AL HOMBRE EN LA TIERRA Y BUENA VOLUNTAD.»

¡Tú, pobre jornalero, que desde antes de salir el sol, estás trabajando para acabar casi de noche por un pequeño jornal que no basta para las mas estrictas necesidades! Instrúyete, que una vez instruido encontraras mil medios para pasar mejor la vida!

¡Tú, opulento señor, comprende que la mala administración de los pasados siglos ó el abandono de tus semejantes ó la protección dada por la Providencia, te han hecho administrador de un capital que no es tuyo, sino de Dios. Acuérdate que él te mira para ver en qué lo empleas. Acuérdate que hay millares de infelices que puedes socorrer con la milésima parte de tu capital. Acuérdate que con el dinero que malgastas tras los placeres de tu hombre exterior ó carnal, puedes establecer grandes colegios donde puede instruirse tu hermano ignorante.

Considerad unos y otros que todos sois de la misma naturaleza, aliviad las angustias que os rodean por todas partes y así haréis mas soportable este paso que todos tenemos que hacer, vosotros y nosotros; las clases privilegiadas así como los pobres desheredados.

¡Cuan diferente debe ser la, generación venidera! Ya el padre comprenderá que la instrucción de su hijo es de más valor que todos los tesoros del inundo.

Jóvenes, en vosotros confía la pátria, vosotros debéis devolver á nuestra España la dignidad que ha perdido. Estos hombres se gastaron. No pudieron ó no quisieron hacer el bien. Me inclino á creer que no quisieron. Cuando seáis instruidos y moralizados ¿se repetirán horrorosas escenas como las de Alcoy? No: entonces tendréis vuestra idea por el convencimiento. ¿Quién podrá entonces impedir el progreso? ¿Quién atajará el curso de la civilización? Nadie.

V.

Siempre que uno vaya á escribir alguna obra para el público, debe hacerse á sí mismo esta doble pregunta: ¿será mejor que lo que se ha escrito? ¿Será una materia no tratada todavía? Si puede contestarse afirmativamente á una de estas dos preguntas, publíquela.

Mi amigo el Sr. Sevilla no debe titubear en publicar sus OBSERVACIONES, pues son un trabajo nuevo en su clase y de mucho interés para la historia. Algunas partes de este folleto son de suma importancia política, cuya calidad recomiendo dado el tiempo en que vivimos. El autor pinta á grandes rasgos los sucesos de Alcoy. Cualquiera que sea la opinión que pueda formarse cada cual respecto al modo de tratar el autor esta cuestión, lo cierto es que los culpables de los crímenes de Alcoy, no merecen ser tratados de mejor manera.

Para concluir. Estas OBSERVACIONES pueden servir de mucho á toda clase de lectores, pues á mas de un trabajo histórico es una condenación de los hombres que han labrado nuestra desgracia y mancillado nuestra honra .

La historia les nombrará.

F. de A. Cabrera.

CAPITULO I.

Hagamos historia—Las huelgas.—La forma federativa y la Internacional.

La historia civil de nuestra especie en el globo, y las vicisitudes que en el raudal de los siglos experimentan las naciones en sus costumbres, hábitos y leyes, ponen de manifiesto la naturaleza moral del género humano, que es el realce mas augusto de la racionalidad. Hacer esa historia, estudiar las influencias físicas de los climas y de las temperaturas, las de los territorios en todas las regiones habitadas de la tierra, la acción prolongada de los alimentos, las dolencias y variedades de las razas, introducidas en las constituciones humanas, el imperio de las costumbres sociales durante el trascurso de muchos siglos, las cuales modifican la inteligencia no menos que el cuerpo; en fin, los efectos reunidos de tantas causas, tan eficaces y constantes, todo por medio de una critica atinada, equivale á escribir la historia natural del género humano. Empresa colosal que requiere vastísimos conocimientos, sana critica y un golpe de vista seguro para distinguir lo verdadero de lo falso. Dejemos pues, esa tarea á los que como Virey, cenando los ojos á las dificultades que le cercaron, supo recorrer con gloria tan dilatado horizonte, y contentémonos con averiguar si nos es posible, lo que ha tenido lugar a nuestra vista, en una ciudad en donde todavía se ven montones de ennegrecidas ruinas.

No parecerá inverosímil que los últimos acontecimientos que han tonillo lugar en la industriosa Alcoy, sea él objeto que nos mueva á tomar la pluma.

Las investigaciones recientes practicadas en averiguación de la verdad de los hechos, parece que arrojan alguna luz en ese caos de horrores sin cuento, tales como, discordias entre padres é hijos, hermanas y hermanos; colisiones sangrientas, terribles choques en que sale desprestigiado el principio de autoridad, luz que servirá para probar, que algunos de aquellos agitadores de oficio conocidos por *apóstoles de la libertad*, han sido los primeros en hacerla imposible.

Empero este descubrimiento por parte de las autoridades y las medidas que en su consecuencia se dicten, no impiden el que nos ocupemos de lo sucedido, procurando remontarnos del efecto á la causa, de lo particular á lo general, único medio de formar juicio acertado.

Considerando las causas históricas nos preguntamos primero, si el carácter y las costumbres de un pueblo deben considerarse como causa de sus instituciones y de sus leyes, ó bien por el contrario si éstas son la causa de aquellas; después se va mas adelante, y se consideran por un lado el carácter y las costumbres, y por otro las Instituciones y las leyes desde el punto de vista de la reciprocidad de acción, de tal manera, que la causa en *el* mismo concepto que es causa., es también efecto y recíprocamente.

Antes de empezar a narrar las sangrientas contiendas habidas entre capitalistas y empresarios de una parte y los obreros de otra, no parecerá fuera del caso dedicar aquí algunas líneas á tratar de los que pretenden ver en los sucesos de Alcoy la obra de un partido, y en especial de las circunstancias, porque, atravesaba el país.

Sin entrar en discusión respecto á la responsabilidad del gobierno que á la sazón regia los destinos de España, cuestión muy curiosa que de utilidad, es positivo que los pueblos atraviesan momentos de suprema angustia, crisis terribles, que no es dado al hombre evitar.

Los, numerosos ejemplos que nos suministra la historia de todos los países, no permiten dudar de la verdad de lo que decimos, así es que vemos desaparecer de sobre la superficie de la tierra trabajadas por luchas intestinas los Wigwags, del indio, contruidos con cortezas de árboles, y la orgullosa Cartago rival de Roma, asentada sobre sólidos cimientos.

El fenómeno y la ley que lo rige, son en realidad, los dos aspectos bajo los cuajos se nos presenta el universo: por mas que lo procuremos, jamás nos será posible idear algún otro que no esté comprendido en uno de estos.

Lo que hay es que en esto sucede lo propio que con las sensaciones. Mientras uno afirma que un manjar es delicado y agradable, sostiene otro que por el contrario le parece repugnante.

Con arreglo á estas circunstancias, varían los pueblos sus formas de gobierno. Los unos están sujetos al despotismo espiritual, domina en algunos la oligarquía, y en otros la democracia, cumpliéndose así el principio que dejamos sentado.

Volviendo nuestras miradas desde los hechos históricos en general, punto de partida de nuestro análisis, á los últimos acontecimientos de Alcoy, vemos en ellos á mediados del Siglo xix, pueblos enteros que sin hábitos de moralidad que es la que constituye la virtud, sin noción alguna exacta de lo que la palabra libertad significa: seducidos, se lanzan á la ardua empresa de regenerarse por medio del .hacha y el petróleo. Tienen dirección fija, semejante á la nave que ha perdido el timón, y es el juguete de las irritadas olas; gritan hoy viva la libertad, como mañana gritaran viva Carlos VII; parecen defender sagrados derechos, y en realidad si alguna cosa indica en ellos el amor á la familia, es por cierto tan insignificante, a pesar de que casi todos proclaman la necesidad de llevarla un pedazo de pan, que casi no existe.

Nosotros creemos que el hombre laborioso y probo tiene derecho á un trabajo que le dé un salario suficiente, pero jamás le aconsejaremos como medios el crimen, porque nosotros queremos ante todo al trabajador con la mayor suma de virtudes. En una palabra, lo queremos honrado, no asesino.

Para apartarle del mal camino hay que instruirle. Al lado del precepto el ejemplo. El pueblo ignorante se parece á aquellos idolatras que levantan hoy terraplenes para celebrar sacrificios al sol, á la luna y á las estrellas, aun cuando primitivamente fueron adoradores del fuego; es decir, que varían de ídolos pero no dejan por eso de ser idolatras.

De ahí esa guerra que hacen al capital tan funesta para, la sociedad.

La guerra es la gloria de los internacionalistas; mas no una guerra hecha en la grande escala de pueblos civilizados, sino una lucha, á muerte, en que la destreza individual, el hucha, y la crueldad, son los principales requisitos para alcanzar el triunfo.

Después de cinco años de una revolución llevada á cabo para remediar grandes injusticias, no era dable presumir hablan de promover algaradas los que durante largos años, permanecieron contemplando negligentemente las cuerdas de liberales, los fusilamientos en masa, y esta apatía se ha trocado de repente en febril impaciencia.

En Alcoy han servido las huelgas para darnos á conocer un amor á la novedad hasta entonces inusitado.

Son las huelgas un medio de que se vale el operario para mejorar su condición, ó consiguiendo un aumento de jornal ó disminución de las horas de trabajo y siempre que no cohiban á los que están contentos con su sucinto ó alteren el orden público, la ley no las prohíbe.

Por lo general los huelguistas se decían partidarios de la república federal. El sistema federativo, lógicamente el mas sencillo, es el mas complicado en materia de ejecución; para conciliar el grado de independencia, de libertad local que permite subsistir, con el desorden general, con el grado de sumisión que exige y supone en ciertos casos, es preciso una civilización muy adelantada; que la voluntad del hombre, la libertad individual concurre al establecimiento y mantenimiento del sistema mas que en cualquier otro, porque los medios coercitivos se emplean mucho menos.

El sistema federativo según opinión de un eminente publicista, es el que con evidencia necesita el mayor desarrollo de razón, de moralidad y de civilización en la sociedad en que se aplica. Este era sin embargo, el que el régimen feudal probó á establecer, el feudalismo general era una verdadera federación, descansaba sobre los mismos principios en que se funda hoy día, por ejemplo, la federación de los Estados-Unidos de América. Fácil es de comprender la imposibilidad de establecer semejante sistema en medio de la ignorancia, de las pasiones brutales, del estado moral de los hombres bajo el imperio del feudalismo.

En el mes de Abril de 1872, apareció en Alcoy un hombre, que hablaba á las masas un lenguaje seductor, sin duda para atraerse las simpatías y buena voluntad del pueblo, decía: «No vais á estar á merced de un *burgués* cuya intención sea aumentar su fortuna ú costa vuestra; seréis libres é impondréis la ley á los tiranos; seréis gobernados por las leyes que hagáis vosotros mismos. Yo no usurparé derechos de ninguno, ni oprimiré á nadie. Obrero de la inteligencia, Dios me ha dotado de ideas, que no abandonaré. Estas son las de *fraternidad y liquidación social*.» Aquel hombre fue proclamado jefe de los obreros y autorizado para arreglar todas las cuestiones que surgieran entre el trabajador y el *burgués*, como apellidaban al empresario. Desde aquel momento podía considerarse rota la tregua del orden para dar comienzo á un periodo sangriento.

Entretanto, en el mes de Mayo se publicaban en Alcoy anuncios para la reunión de la *Internacional*, cuyos anuncios terminaban con las consabidas frases de «*Salud y liquidación social*.»

Aquello de *liquidación social* agradaba sobre manera á los obreros que por primera vez en su vida, soñaron con grandes riquezas, y se creyeron ya dueños de soberbio tren y magníficos palacios.

La *Internacional*, no es otra cosa que una sociedad de

hombres que luchan contra los privilegios, especie de árbol que estiende por Europa y América sus ramas, que fructifica y dá frutos sabrosos en aquellos países en que la civilización es un hecho, que es causa de alarmas en donde falta la instrucción tan necesaria á la vida de los pueblos, y que á pesar de la cruda guerra que se le ha hecho en nuestra patria, por, algunos hombres llevados del temor, no se la debe temer ni impedir su propaganda, oponiéndola por todo dique leyes justas y sabias, que vengan á mejorar y hacer mas llevadera la triste suerte de nuestras clases desheredadas.

Lo que hay es, que aquí han tenido la desgracia los internacionalistas de hacer buenos los hechos vandálicos de la *Commune* y así como París fue el centro donde por algún tiempo se fijaron todas las miradas de la vieja Europa, Alcoy á sido á su vez el pueblo señalado por la providencia, para probar que siempre hay un mas allá, una falta, un crimen que oscurezca y aun esceda á los que mas horror inspiran.

A principios de Julio de 1873, organizada ya la Internacional, hizo Albarracin que era su jefe natural, circular la orden en la cual se proponía no permitir que ningún obrero acudiese á las fábricas.

Véase aquí la voluntad de un solo hombre perjudicar al bienestar y tranquilidad de toda una clase, y teniendo en cuenta que la libertad es todo lo contrario, se comprenderá hasta que punto era déspota Albarracin.

La *Internacional*, que debía componerse en primer lugar de hombres libres, y honrados, no permitiendo imposiciones de nadie, tenia que elegir entre el enojo de un verdadero sultán, cuya voluntad soberana era preciso obedecer, y el cual seria inexorable en castigar la mas leve objeción á sus mandatos, ó la razón y la justicia, que les decían que la obediencia sin la libertad es la esclavitud.

Los obreros de Alcoy fueron cobardes al optar por lo primero. ¿No os arrepentís de vuestra falta de energía? Pues sufrid todas las funestas consecuencias de tan **reprobada** conducta.

El castigo que se impone hoy á vuestros enormes crímenes es justo, y de esperar es, que Dios que lo ha permitido así, después de tantos horrores, bendecirá esta tierra clásica de la hidalguía haciendo que ocupe el lugar que de derecho le corresponde, entre los pueblos mas civilizados.

CAPÍTULO II,

Medidas preventivas.-D. Agustín Albors y los internacionalistas. — Comienzan los escesos.

Uno de los fenómenos mas importantes, es la asociación, de las ideas. La reminiscencia es un recuerdo diminuto é imperfecto; la asociación consiste como, es sabido en recordar una cosa pasada con motivo de otra presente que tiene con ella alguna relación; sucediéndonos á veces que pasamos sucesivamente de unas a otras, recorriendo una serie indefinida de percepciones.

Al acordarnos de un suceso ó de una persona, no solo se nos presenta á la memoria la idea principal, sino las accesorias que á esta se agruparon por casualidad al tiempo de percibirla.

Por eso sin duda tenemos tan presente todo lo que en Alcoy se hizo para que la mina no estallase, por eso se nos figura ver aun la fisonomía de miles de hombres, sedientos de sangre, y por último, edificios enteros convertidos en montón de humeantes ruinas.

¿Es qué no se atendieron las quejas de los huelguistas? Al contrario, fueron éstos escuchados con agrado.

Pero había el propósito de provocar y llevar á cabo la lucha, y la lucha tuvo lugar.

¿En vez de probos trabajadores, que según los huelguistas pedían lo que era justo, se presentó tan solo al infortunado Albors una comisión compuesta de ardientes petrolistas, con la petición de que se redujeran las horas de trabajo y se aumentase el salario de los obreros. De acuerdo con los fabricantes, se concedió lo que los internacionalistas pedían. Esta modificación, según ellos, era un deseo espontáneo de toda la honrada clase industrial de Alcoy, y por lo tanto parecía natural que una vez satisfecho, no debieran repetirse las exigencias.

Redactáronse después varias circulares á los asociados en todo semejantes á las de un centro directivo, eran ciertamente dignas de las ideas de este. Hecho esto, todo auguraba una era de paz y ventura, tan necesaria á una ciudad que

en el desarrollo de la industria, ve el germen de su prosperidad y grandeza.

No obstante la buena inteligencia resultante de aquella especie de convenio, fue muy luego rota por los que hipócritas, fingían una moralidad y buena fé, que era un sarcasmo. Apenas se apercibió el Sr. Albors de que se agitaba otra vez, el elemento internacionalista, trató amistosamente con los jefes, á fin de evitar un conflicto. Todo fue inútil y el Sr. Albors primer alcalde á la sazón, adquirió el triste convencimiento de que por la persuasión nada recabaría de aquellos hombres, sedientos de sangre.

El Sr. Albors se trasladó á la capital y tuvo una conferencia con el Sr. Gobernador de la provincia.

En tanto se hacían activamente grandes preparativos para aumentar los secuaces de la *Internacional*, se buscaban recursos con que atender á las huelgas acordándose una guerra sin cuartel á los *burgueses*. Según el plan formado, convínose en que se tornarían los puntos de salida de la población, no permitiéndola á los trabajadores de las fábricas situadas fuera del casco de ella. Se previno así mismo que los trabajadores que acudiesen á los talleres firmaban su sentencia de muerte.

En este estado las cosas, el Sr. Albors de regreso de su viaje, publicó un bando que decía así:

«Alcoyanos: Vuestro ayuntamiento popular ha visto, como no podía menos, que muchos de los operarios de diferentes artes y oficios se han declarado en huelga en esta industriosa ciudad en el día de hoy, no sabe si por los ocultos manejos de trastornadores de oficio ó en defensa de legítimos derechos que la ley no puede menos de ampliar.

Pero faltaría á su deber si en vista de escenas que han sido bien públicas y de otras que no lo han sido tanto y han llegado á noticias de esta corporación, dejara de dirigiros su voz para hacer entender tanto á obreros como á fabricantes y dueños de talleres, que así como se halla dispuesto á sostener y amparar los legítimos derechos que de cualquiera lucha ó conflicto que entre; el capital ó la industria nazcan ya en favor de los industriales ú obreros, ya en favor de los dueños siempre que se haga uso de esos derechos por los medios que nuestras modernas leyes tienen establecidos, del propio modo sabrá cumplir con los sagrados deberes que le tenéis delegados, bien impidiendo toda agresión ilegítima ó bien deteniendo y poniendo á disposición de los tribunales á aquel que atropellando los derechos individuales de todo ciudadano ejerza presión ó coacción ya impidiendo el trabajo

al que voluntariamente quiera utilizarlo, ya confabulándose para impedirlo. En su derecho está el trabajador que desea se le aumente su salario ó jornal. En el suyo se halla igualmente el dueño ó fabricante que no quiere acceder á la petición del obrero; y del suyo usan también los que, satisfechos con un jornal inferior al que otros desean ó necesitan, quieren continuar en sus ordinarias tareas. La interrupción violenta de esos derechos por medio de la amenaza ó de cualquier otro modo que sea, es un delito y vuestra corporación municipal y republicana, ton dispuesta está á respetar y hacer respetar aquellas, como á no dejar impune éste, mientras no le revoquen sus poderes. Salud y fraternidad, Julio 1873. En nombre de vuestro Ayuntamiento Popular, El Alcalde, Agustín Albors.»

Como se vé, la autoridad se prestaba á amparar todos los derechos cariñosa madre, velaba por sus hijos ¡Que mal debían pagar estos, tantos desvelos!

A pesar del bando continuaron los internacionalistas en sus propósitos. Motivos tenia Albors para estar inquieto sobre su posición, pues veía acercarse el momento de la lucha, y cuando Albarracin, jefe de los internacionalistas, tenia á subido cinco ó seis mil hombres, el presidente del Ayuntamiento solo contaba con cien hombres entre guardia civil, municipal y paisanos. Cierto es que luego se le enviarían fuerzas de la capital, pero aun así el total no pasaría de mil hombres. El Ayuntamiento sin embargo se reunió en las casas consistoriales, acto continuo, y después de haber declarado que era ilegal aquella reunión de gente que pululaba por la plaza de S. Agustín y puntos céntricos de la población, resolvieron aplacar el ánimo de los jefes por si lo que no era probable, podía convencerles se retirasen pacíficamente ¡á sus casas.

Albarracin se personó en la casa-Ayuntamiento y debió do escuchar como se reprobaban sus últimas medidas de no permitir la salida, de la población, y otras del mismo tenor é invitándole á que desistiera, de promover motines y asonadas.

Así debió prometerlo cuando se le permitió volver sano y salvo á reunirse con sus amigos.

El Sr. Albors creyó de buena fé en la palabra de aquel hombre.

Era Albors demasiado noble para sospechar mal de nadie.

El nombre de D. Agustín Albors vá unido con el de tantos ilustres de los diputados constituyentes de 1869.

El Sr. Albors, republicano consecuente, fue elegido por sus conciudadanos su representante, á raíz de la revolución de Setiembre, justamente después que luchando con el descontento y oposición de todas las sectas y partidos, persistía en propagar las ideas liberales, y como forma de gobierno la República federal.

De vuelta á su país natal se le podría acusar tal vez de no haber dejado oír su voz en el Congreso, pero no de ser traidor á sus creencias, y el ser presidente del municipio en 1873, prueba que todavía Albors contaba con las simpatías de la inmensa mayoría del pueblo.

Pero su buen sentido le hizo comprender lo que podía esperar de un pueblo arrastrado por sus instintos sanguinarios ó sus odios, y Albors no esperó ya nada bueno para la causa del orden.

Albarracin, que prometiera retirarse con los suyos, no cumplió la palabra solemnemente empeñada, y la lucha no debía hacerse esperar, como así fue.

Un murmullo sordo y prolongado, semejante al de las embravecidas olas agitadas por el viento, avisó á Albors que debía perder la última esperanza.

La esperanza es el sueño del hombre despierto.

Una vez ahuyentada, representa á nuestra vista la triste, la espantosa realidad.

Era el 8 de Julio de 1873. Una muchedumbre ebria de sangre se agolpaba á las cerradas puertas de la casa del pueblo, amenazando romperlas para abrirse paso hasta donde estaba Albors y sus leales, dispuestos á vender caras sus vidas. La energía y valor de aquel puñado de valientes, fue la valla que por un momento contuvo al desbordado torrente.

Admira tanto heroísmo, y no sabemos como no se respetó la vida á quienes tan poco interés mostraban en conservarlas, pero bien pronto recibieron un terrible desengaño, y el salvaje grito de los *petrolistas* les hizo comprenderla suerte que les esperaba.

No hubo tiempo para prepararse á una resistencia formal; los internacionalistas hacha en mano se habían derramado por la ciudad en diversos grupos, las casas fueron saqueadas y en medio de los gritos de espanto de las mugeres y niños, cometieron todas las atrocidades que el fanatismo y el espíritu de venganza podía sugerirles. Y lo que es mas doloroso, aquellos crímenes eran llevados á cabo por los que mas gritaban viva la fraternidad universal. La «fraternidad universal» derramó en Alcoy mucha san-

gre inocente, y la «fraternidad universal» roció con petróleo edificios enteros para tener el gusto de al resplandor de las llamas, ver como huían pálidas y poseídas del pánico la tímida doncella y el infeliz anciano, para refugiarse & otra población, si es que podían llegar, que no hubiese sido invadida por los bárbaros del Norte.

Decimos mal, los bárbaros del Norte, no cometieron los crímenes que en Alcoy se han visto, no le dirían á un infeliz joven:

— Vete, no temas, y al volver el rostro, una descarga pondría fin á sus días.

Al presenciar tan espantosa crueldad, acuden á nuestra mente reflexiones tan tristes, que renunciamos á trasladarlas al papel.

¡Y por las predicaciones de un hombre tanta sangre derramada!

Si le guiaba la ambición de mando, la sed de oro, ¡Maldita una y mil veces, ambición tan funesta, codicia tan repugnante! Si el deseo de mejorar la suerte de las clases trabajadoras. ¡¡Maldito, maldito una y mil veces un deseo que lleva paliado en si la destrucción y la muerte!!

CAPÍTULO

Continuación del anterior.—El asesinato de Albors.

Son las cuatro de la tarde del mismo día, en que se inició la lucha. La campana de Santa María empieza á tocar á fuego al mismo tiempo que multitud de disparos producen un estruendo infernal que aturde al mas sereno, y lleva el pánico á las almas mejor templadas.

La lucha continuaba terrible, amenazando convertir una ciudad poco antes rica y floreciente, inválida y postrada hoy, en un montón de ennegrecidas ruinas. El petróleo, ese liquido que ha sido un adelanto en nuestro tiempo, se veía con vertido en incidió de destrucción. Rociada una casa con petróleo, se la prendía fuego, y lo demás era cosa de pocos momentos. *Un* edificio incendiado, tal vez fruto de muchos años de privaciones, y una familia condenada á la miseria por los que se apellidaban partidarios de la Fraternidad Universal.

No comprendían que un estado en perturbación ó un cuerpo enfermo pueden existir, pero no son verdaderos, no corresponden á su noción.

Harto motivo tuvo Pascal para afirmar que el hombre con ser tan frágil su organización, es sin embargo la maravilla por escelencia de su creador.

Dueño de su destino puede descender hasta el ultimo grado de la depravación: no solo se nivela con los animales sino que se hace por sus vicios mas vil que ninguno de ellos.

Los obreros de Alcoy afiliados á la internacional y que tomaron parte en aquellos sucesos, cometieron un crimen enorme, arrastrados por teorías utópicas.

La imaginación dando cuerpo á las ideas que concebimos, es el motivo de nuestros estravíos Afligidos a veces por la adversidad nos figuramos en el porvenir infortunios

que, ó no llegan jamás á verificarse, ó no son cuando acaecen tan terribles como los creíamos.

La imaginación abulta los objetos; á un principio limitado lo califica de universal, cree tener delante de los ojos al hombre tal cual es, cuando vé en hecho de verdad no mas que la imagen que ha trazado tomando la parte por el todo.

Durante el año de 1873, en que tuvieron lugar tantos acontecimientos, no faltó materia para entregarse á interesantes y útiles reflexiones acerca del influjo de las pasiones humanas, cuando se oponen, a las inmutables leyes de la justicia y á los decretos de la Providencia.

Si un individuo cualquiera de la sociedad que en un momento de desesperación corta el hilo de su existencia, merece con razón las mas acres censuras ¿qué nombre dar á los que sin razón alguna, sumen á todo un pueblo en los horrores del caos? No cabe duda ó hemos de absolver al primero, y librarle del dictado que la sociedad le aplica con justicia, ó hemos de comprender en un mismo anatema a los que suicidan á toda una sociedad. El dilema es terrible, pero necesario.

Recordado esto, continuemos.

El luego continuó toda la tarde. *En* el campanario de Santa María habían cinco municipales que sin cesar tocaban á fuego.

La noche con su negro manto hizo mas horrible la situación, y era de todo punto evidente que había llegado el momento deseado para el Sr. Albors y sus amigos. De no escapar á favor de la oscuridad, estaban perdidos sin remedio, al día siguiente serian cazados como bestias feroces. Lo que pasaría en aquellos instantes de suprema angustia en el alma del infortunado Albors no es fácil adivinarlo.

Por un momento hubiese podido creerse que todo había concluido: cesaron las descargas y apenas si se percibía otro ruido que las voces de los centinelas que guardaban las barricadas.

Era que los internacionalistas se ocupaban de retirar los muertos.

Después la lucha principió de nuevo, con mayor ensañamiento.

Si los hombres se penetrasen de lo que es en realidad la guerra, hace ya mucho tiempo que las naciones hubiesen entrado en el verdadero camino del progreso.

Piensen lo que quieran los partidarios del derecho de la fuerza, es en nuestro concepto indudable que mientras los pueblos se ocupen en luchar y vencer, serán nulos los ade-

lantos en todos los ramos del saber humano, y la razón y la justicia un sarcasmo.

Esperemos, que por muy oscuro que se presente el porvenir, la esperanza es lo último que se pierde.

Entretanto, la triste realidad es que en pleno siglo xix y en una industriosa ciudad, se entabla una lucha terrible, arden edificios, y se conceden treguas para retirar á los muertos del campo de batalla. ¿Qué falta? ¡Oh! Nada seguramente: el cuadro es magnífico. Nos engañamos; le hace falta la última pincelada.

Préndese fuego con petróleo á la casa de D. José Serra, situada en el Puente, que queda reducida á pavesas.

Sufren-igual suerte otros edificios.

¿Qué falta? Se ha alterado el orden público alegando fútiles protestos, rehusando obedecer los mandatos de la autoridad constituida.

Ha dispuesto la junta de la *Internacional* por sí y ante sí que nadie acuda á ganarse un pedazo de pan con que alimentar á una numerosa familia.

Ha mandado incendiar infinidad de edificios pertenecientes, en su mayor parte á personas inofensivas y de una honradez notoria.

Ha asesinado al recaudador de contribuciones el malogrado joven Carmelo García Pomares, á D. Pedro Corts, un guardia civil, siete municipales, un ex-alcalde, un corredor de comercio, y hay además varios heridos.

La misma junta que dispuso lo anterior, es así mismo la que ha promovido la insurrección entre los hijos de un mismo pueblo; ha provocado una guerra cruel y sangrienta, violando todos los derechos, barrenando y haciendo escarnio de la ley. Y para que nada falte á ese cúmulo de horrores, ahora quiere apoderarse de la persona del valiente Albors, á fin de hacerle espiar el crimen de tener un corazón que solo late á impulsos de los sentimientos mas nobles.

Hé aquí pues lo que faltaba y pronto iban á conseguir.

Toda la noche del 9 la emplearon los encarnizados enemigos del Sr. Albors en perforar una larguísima manzana para llegar hasta donde estaba el objeto de su encono, que se defendía heroica mente.

Esto, como es de comprender, irritaba al enfurecido populacho, que juró que no pararía hasta arrancar la vida de su obstinado Alcalde.

Son las tres y media de la madrugada. En la calle de! Vall, y casa de D. José Soler, se oye un grito de «viva la república federal» dado por Albors, acompañado de una des-

carga sobre los que defendían la barricada de la calle de San Lorenzo, y una mortífera lluvia de balas hizo comprender á los internacionalistas que se las habían con un puñado de héroes.

Aterrados ante aquel inesperado ataque, los petrolistas vacilan y acaban por huir cobardemente.

Entre tanto Albors con los suyos logra ponerse en salvo, y escapa por de pronto de una muerte segura.

Los internacionalistas, avergonzados de su cobardía, vuelven sobre sus pasos, y locos de furor, ebrios de sangre, sin reparar los inmensos perjuicios que iban á causar, prenden fuego á la manzana en que poco antes estaba Albors, ardiendo gran número de casas de las de mas valor, todas ellas de comerciantes.

Al rojizo resplandor de las llamas veíanse perfectamente los rostros de aquellas furias brotadas del Averno.

En la mañana de aquel mismo día, en que el calor era intenso y abrasaban los rayos del sol, fue cuando un grupo de internacionalistas, registrando la casa de D. José Monllor Abad, en la calle de S. Lorenzo, descubren al señor Albors.

Al verso descubierto el Sr. Albors, avanzó resueltamente hacia los enemigos. Pero éstos no querían gastar la pólvora cu balde; aguardaron á que se acercara, y cuando estuvo solo á una vara de distancia, dispararon sobre el infeliz, que cae herido de muerte.

Al caer Albors mortalmente herido, se clavaron en su cuerpo las hojas de cuarenta puñales con que aquellos asesinos, desgarraban las carnes del que ya no ora mas que un cadáver; mutilaron sus miembros, y fue arrastrado por las calles. ¡Eceso de crueldad inútil! ¡Barbarie sin igual!

No podemos menos que dedicar aquí un recuerdo al heroico amigo, cuya pérdida será siempre sentida por los hombres honrados de todos los partidos.

Nuestro único consuelo, es pensar que la Providencia en sus inescrutables designios, así lo tenia dispuesto.

¡Descansa en paz! No marchitas aún las flores que la mano de una hija querida sembró sobre el frío mármol de tu tumba, no hemos de ser nosotros quien turbemos el sueño eterno de los que fueron, esto sería una profanación, que profanación es, el atreverse con recuerdos mundanos á la santidad de los sepulcros. Admiradores de la grandeza de ánimo, no podemos menos que manifestar nuestro respeto

hacia, el que supo morir por conservarla. Si las oraciones de los vivos pueden servir de algo á los que abandonaron este valle de lágrimas, acoge, Dios mío, en tu seno el alma de ese mártir, y en tu misericordia infinita olvida que pudo ofenderte! Silencio! Oremos por su alma! Era un valiente!!

CAPÍTULO IV.

Condenemos el crimen.—Después de la victoria.

Del silencio, de la soledad de los sepulcros, trasladémosnos al bullicio de las ciudades. ¡Oh que cambio tan brusco y completo, qué variedad de sentimientos! La infidelidad de la esposa os deshonra, la perfidia de un falso amigo os llena de dolor, la desgracia os abate, y la malicia os persigue. ¡Dios mío, Dios mío! ¿qué es esto? ¿Es vivir esa lucha incesante de encontrados afectos, de miserias sin nombre, de dolores inmensos? ¿Es vivir no poder dar pan á los hijuelos, es vivir esa lucha de pasiones bastardas, de agonías infinitas? Si, pues aceptemos la vida como una espacion, no como un bien, que de ser bien no llevaría unido á sí tan gran número de males. Las ciencias, las letras, las nobles artes, ¿qué son sino pequeñas gotas de rocío que refrescan la planta hombre, que pronto se seca, muere sin que baste á librarla del fatal destino el haber tenido supremacía sobre otra planta de su misma naturaleza. ¡Orgullosos sabios, de rodillas ante tan augustos é indescifrables misterios! En vano aguzareis el ingenio, no es posible descifrarlos, todo es inútil, contentémonos con un destello de la verdad y como exploradores en el desierto de la vida, busquémosla entre los errores que la envuelven. Continuemos nuestro interrumpido relato.

No hay duda alguna que después de lo que hemos tratado de dar á conocer á nuestros lectores, los *internacionalistas* debían estar satisfechos de su obra, y sonreír de una manera diabólica. Los actos de caridad fraternal que hemos apuntado y otros muchos que omitimos, muestran cuan vanas é interesadas son las imprudentes pretensiones de una gran parte de la sociedad. Si hubiéramos de hacer caso de lo que dicen los petrolistas solo ellos son capaces en virtud de sus decantados principios, de dar al pueblo español la prosperidad que tanto ansia y regenerarla en un corto espa-

ció de tiempo; si se les oye, nada hay comparable á la virtud y sufrimientos de la clase trabajadora, nada mas admirable que el celo ardiente de los prohombres de la *internacional* que llevan su abnegación evangélica, su moralidad y desinterés, á arrostrar mil fatigas y á guardarse un rico botín!

No es esto generoso y santo? Holgar y sembrar la tierra de cadáveres cuyos despojos han de ser para alimentar el vicio! A la verdad esto es heroico y confesamos que cautiva nuestra atención.

Dejamos al buen juicio de nuestros lectores el juzgar a los que se proclaman defensores de la fraternidad, liquidación social, y otras mil cosas por el estilo, porque el calificativo que merecen lo saben todos.

Para nosotros son principios incontestables que todos los hombres nacen iguales, que á todos les ha concedido el creador ciertos derechos inherentes de que nadie les puede despojar; que para proteger estos se instituyeron con el beneplácito y consentimiento de los hombres, los gobiernos que debían regirlos, y que cuando uno de ellos llega á ser perjudicial por no defender como debe las libertades de un pueblo, cuidándose de su felicidad, este tiene derecho para modificarlo ó abolido formando otro, fundado en tales principios y organizado de tal manera, que pueda contribuir al público bienestar.

Principios sobre los cuales pudiéramos afirmar que descansa la constitución de los Estados-Unidos de América, uno de los países mas libres del mundo.

Pero contesten á esta pregunta los que en Alcoy sembraron por doquier el luto y la consternación. ¿Obedecían á estas ideas nobles y generosas, los hechos que con gran asombro hemos visto? ¿Acaso es justo por una ambición bastarda ú otra cosa aun peor, llevar la intranquilidad á toda una nación? Lo hemos dicho y lo repetiremos hoy, no, *no* es justo, ni la causa que alegan es la verdadera.

Acusados por la opinión pública de haber inmolado á un ciego furor víctimas inocentes, se escusan con decir que ellas eran contrarias á la causa del pueblo, y se regocijaban con los males que le aflijen, sintiendo, ¡donosa disculpa! los progresos de la *Internacional* en la industriosa Alcoy. Pero ni las amañadas contestaciones de los unos, ni las torpes calumnias de los mas, ni la osadía de todos, podrán jamás probar, ni con mucho, que el Sr. Albors, fuese enemigo del pueblo; y ¿cómo? si estaba identificado con el pueblo, si las aspiraciones del pueblo eran las suyas y finalmente si el

pueblo mismo al proclamarle su diputado a Cortes en 1869 su alcalde popular en diferentes ocasiones demostraba, su simpatía y respeto. En vano que aguzen el ingenio y armen la lengua con la venenosa baba de la calumnia, mas fácil sería descubrir el rastro de la culebra sobre la peña ó el camino del águila por el aire, que un pensamiento, un hecho da, Albors, contrario a los intereses del pueblo y á los santos principios de la causa liberal. Podría ver en la *Internacional*, tal como la entendían los *internacionalistas* de Alcoy, un peligro, pero aborrecer al pueblo, eso jamás, nos atrevemos a afirmarlo.

Recuerden los internacionalistas de Alcoy, y no la olviden tampoco los que se sientan con deseos de provocar sangrientas hecatombes, la siguiente décima de Hartzembusch:

La naturaleza infama Quien la
sangre de su hermano, Por un
motivo liviano, En feroz duelo
derrama. Al cielo venganza clama Tan
abominable horror: Conviene huir de
este error Con toda solicitud, Porque
solo en la virtud Consiste el punto de
honor.

Sí, siempre será, dígame lo que se quiera, una fea mancha, derramar la sangre de un hermano, y debe serlo mucho mas, por causas políticas.

De ahí vino indudablemente el trágico fin del Sr. Albors, porque como autoridad no podía ni debía permitir se ejerciese una cohibición en los trabajadores; se hiciesen manifestaciones tumultuosas, y por último que se alterase el orden público.

Y aun dado caso que Albors hubiese sido contrario, que no lo era, á la causa del pueblo, jamás la obra nefasta de la inmoralidad y el crimen, pueden erigirse en jueces de nadie, castigando á una muerte horrible al inocente.

Dónde iríamos á parar si por diferencias de apreciación, por lamentar los odios de los partidos, ó por hacer valer el principio de autoridad, sin lo que no es posible sociedad alguna, pudiesen dar derecho al asesinato del que no opinara como nosotros? ¡Valiente progreso! Los consiguientes serian desórdenes, guerras, en una palabra, la destrucción de la especie humana, y si por lamentar los odios de los partidos,

hacer cumplir las leyes, ó mirar bajo diferente punto de vista la cuestión política, en juicio de algunos merece la muerte; ¡qué muerte más atroz merecerá la culpa de matar!

Mal nos juzgaría quien creyere nos hemos, propuesto hacer en estas líneas, una guerra sin objeto á los internacionalistas: censuramos á los que en Alcoy han ensangrentado el suelo de la patria, fieles imitadores de la *Comunne* de París, cuyos hechos en lo presente deben ser un aviso para estar alerta contra el porvenir; si publicamos los horrores por ellos cometidos, no es para escitar odios, hoy que se procede al castigo de los culpables. Los internacionalistas han sido para nosotros una ocasión y no un objeto: nos ocupamos de ellos porque han llamado la pública atención, los encontramos, se puede decir, al paso. Lo que hemos procurado presentar ante los ojos del pueblo probo y honrado, es lo perjudicial que es para su suerte, el dejarse arrastrar por la exaltación de las pasiones.

Busquemos donde está y se puede hallar el delito; sabido es, que para demostrar que un cargo es cierto, son menester muchos indicios y sospechas.

Se acusa á uno de asesino, de incendiario. No es bastante. Nunca es bueno acusar sin pruebas.

Es necesario que los que han tomado el nombre de *fraternidad* para incendiar, y despojar al hermano, al amigo, al compañero, de la honra, de sus bienes, y aun de la existencia, confiesen que son unos usurpadores, malvados y dignos de menosprecio.

Considerando la condición de los delincuentes, no juzgamos que hayan de hacer semejante confesión, mas reflexionando sobre los hechos, no hallamos qué otra cosa puedan decir.

Poco tiempo después de tener lugar los acontecimientos que ya conocen nuestros lectores, y al mismo tiempo que las llamas devoraban el archivo y registro civil de la casa Ayuntamiento, algunos de cuyos documentos contaban siglos, tenia lugar una escena tiernísima y conmovedora en una casa de la calle del Vall.

Si penetramos en el interior, veremos en una habitación amueblada con gusto a dos jóvenes, casi niñas, que elevan su mirada al cielo como demandando auxilio.

Son las dos hijas de un conocido fabricante de Alcoy.

A la encantadora frescura de Piedad y Andrea, que así se llamaban, había sucedido una palidez lívida, sus grandes

ojos azules veíanse empañados por una nube de tristeza. Pobres niñas, sin el cariño de una madre que velara su sueño y recogiera sus suspiros; en querer mucho á su anciano padre cifraban toda su dicha, y una sonrisa, un beso, era el premio de aquel amor purísimo.

Nadie hubiera reconocido en las jóvenes á las simpáticas y bellas señoritas de C... Hubiérase dicho, que el soplo frió de la muerte iba marchitando insensiblemente cuanto de fresco, hermoso y purpurino, había en sus angelicales rostros.

Ya hacia rato que esperaban el regreso de su buen padre, y pasaban las horas, largas, pesadas, interminables, y el autor de sus días no volvía. Qué habría ocurrido, para tan prolongada ausencia?

Y esta pregunta hecha por la millonésima vez sin poder ser contestada satisfactoriamente, llenaba de abatimiento á las jóvenes.

Quizás ha sido inmolado al bárbaro furor de la caterava, pero él es tan bueno, tan virtuoso, que tamaña crueldad no se concibe en inteligencia humana.

Y de pensamiento en pensamiento, de deducción en deducción, venían á parar, en que la triste realidad era que su buen padre, había desaparecido, cual si le hubiese tragado la tierra.

Momentos de duda hijos de la variedad de disposiciones que experimenta nuestra alma.

Cuando se acercó la noche con su negro manto, y viéronse las jóvenes solas, con una soledad aterradora, la habitación en donde tantas lágrimas derramaban, se las figuró era su tumba, y desfallecidas, trémulas por el terror, lanzaron á la vez un grito de espanto.

¿A quién pedir socorro? Fuera se oía semejante al sordo ruido del irritado Océano, los gritos siniestros, el mugido de aquella deshecha tempestad demagógica.

Por una feliz casualidad la casa de las jóvenes se había librado del saqueo y el incendio. Una indicación, una señal de uno de los internacionalistas, y la cosa hubiese sido reducida á pavesas y las jóvenes insultadas por el populacho.

—Hermana mía, dijo Piedad, que como de mas edad hacia las veces de madre, hermana mía, ¿qué será de nosotras?

—Ay Piedad, yo tengo miedo, se me figura que de un momento á otro han de derribar las frágiles puertas, y han de entrar á hacernos daño..... ¿oyes? parece como el ruido producido por una descarga. Oh! Dios mío! amparadnos,

y ambas se precipitaron en los brazos la una de la otra, deshechas en un mar de lágrimas.

Efectivamente, era una descarga, que había cortado el hilo de la existencia del padre de aquellas dos bellísimas criaturas.

Tres meses después en el cementerio de Alcoy y en una lápida blanca como el copo de nieve, leíase con gruesos caracteres escritas estas palabras, que eran todo un poema.

R. I. P.

PIEDAD.-ANDREA.

8 Octubre 1873.

La mortífera descarga que derribó en tierra mortalmente herido a un hombre, había causado la muerte de dos ángeles, ajenas a las luchas políticas, especie de flores tronchadas en tallo por furioso vendabal.

Los internacionalistas podían decir con Espronceda:
«¡Qué haya un cadáver más, qué importa al mundo!»

Corta ha sido la campaña, pocos han sido los días que han luchado las huestes internacionalistas pero gloriosa para la causado la desmoralización y el crimen. Hay noticias de que van sobre Alcoy fuerzas del Gobierno y todo el brío de los insurrectos se ha evaporado. ¡Cosas del mundo! Los rehenes son puestos en libertad incluso el juez de primera instancia y reina la tranquilidad. Asustadizas liebres los que parecían formidables guerreros, ni siquiera tienen el mérito de sostener con las armas en la mano, lo que por las armas habían usurpado.

El día 11 de Julio de 1873 fue el señalado para demostrar una vez mas que el verdadero valor dista mucho de la barbarie. No es tan fácil luchar cara á cara á la luz del DIA por la santidad de una causa justa, que esperar la noche como las aves nocturnas para ejercer las rapiñas. No es tan fácil ceñir el laurel de la victoria en honrosa lid, como incendiar edificios y perseguir á débiles é indefensas mugeres. Lo primero supone cierta dosis de valor, de fé en la idea, para llevará cabo lo segundo, basta con que se abriguen instintos sanguinarios y feroces. El Sr. D. Juan Mas y Dols, gobernador a la sazón de la provincia, dispuso entre otras cosas que el Sr. Riera, coronel de la fuerza de carabineros, saliese para Alcoy, como así mismo dos compañías de cazadores de

Mendigorría. En la madrugada del 11 aparecieron, estas fuerzas a la vista de Alcoy. Inmediatamente que se tuvo noticia en la ciudad de la llegada de la columna, numerosas comisiones, entre ellas una de señoras salieron á conferenciar con el jefe de las fuerzas y pedirle el perdón de los insurrectos para evitar mayores males.

Aquella abnegación después de lo ocurrido rayaba en el heroísmo.

Siempre fue compasiva la mujer, esa preciosa mitad del género humano, la compañera del hombre, la que endulza las amarguras que acibaran de continuo la vida, la que dice con dulcísimo acento: «amar es vivir.»

Dios que es infinitamente justo y pródigo de bondad y misericordia ha compensado á los pechos mas débiles, mas pobres y mas cuitados, con mayor tesoro de generosa compasión.

Allí estaban así mismo el delegado del señor gobernador D. Gaspar Beltran, los Sres. Nogueras, Charques y Cervera, que le acompañaban, y cuya conducta en aquellas circunstancias no sabemos como elogiar. Las súplicas de aquellas infelices mugeres, sus ruegos, el hacer presente, que tenían en rehenes quien á un pudro, esposo, un hijo ú hermano, afectó lo que no es decible al Sr. Beltran, al gefe do la columna y á cuantos presenciaban aquel cuadro. Por otra parte dejar impunes los crímenes era desconocer la razón y la justicia, alentar el crimen, y esto no podía ni debía hacerlo el Sr. Beltran, y no lo hizo.

Los Sres. Nogueras, Charques y Cervera, quisieron ver por sus propios ojos lo que ocurría, y despreciando sus vidas, desoyendo las súplicas de cuantos les rodeaban, siguieron á las comisiones á su regreso, y poco después penetraban en la ciudad sobre montones de escombros y sangre, por entre barricadas, sin ser molestados por nadie, con gran sorpresa suya, y satisfacción de quienes ya, les juzgaban muertos ó prisioneros.

El Sr. Beltran no tardó en seguirles, como se verá en breve.

CAPÍTULO V.

El delegado del Señor Gobernador de la Provincia;—La entrada de las tropas.—Política enérgica de los Sres. Maisonnave y Aura Boronat.

Ya en otro lugar hemos dicho, que no era nuestro ánimo concitar los odios, que no queríamos estendernos en consideraciones bien poco gratas por cierto de las malvadas obras, los grandes crímenes, de los que no titubearon en sumirnos en los horrores del caos, mas de lo que pidiese la causa, y la necesidad nos obligara. Porque seríamos interminables, si fuésemos á ocuparnos de todos y, cada uno de los hechos en particular. Mas lo que hacemos contra nuestra voluntad y estrechados por la necesidad, no podemos hacerlo, ni muy á la larga ni con diligencia. Y así, hemos procurado ceñirnos al espacio de que podemos disponer; y hablado solamente de aquellas cosas que de ningún modo podían dejarse; las otras, que están en sospecha, de las que, si las tratásemos aquí, habríamos de llenar volúmenes enteros, las dejamos á la consideración de nuestros lectores.

Hechas estas aclaraciones necesarias si se quiere, para que el lector forme un juicio de lo que nos hemos propuesto al escribir estos apuntes, continuemos el hilo de nuestro interrumpido relato.

El Sr. Mas, gobernador á la sazón, teniendo noticia de lo que en Alcoy ocurría, adoptó desde luego acertadas disposiciones, tales como las de enviar fuerzas para dominar la insurrección, y designar al Sr. D. Gaspar Beltran. como delegado de su autoridad, á fin de que procurase sobre el terreno mismo; adoptar las disposiciones que creyese oportunas en pró del principio de autoridad.

El Sr. Beltran no vaciló un solo instante en aceptar y cumplir tan delicado encargo, y así mismo los Sres. Charques, Nogueras y Cervera quisieron compartir con el señor

Beltran los peligros de la jornada, según dejamos dicho en otro lugar. Efectivamente, apenas llegados á la vista de Alcoy pudieron convencerse de la gravedad de la que ocurría, pues espesas columnas de humo que llenaban el azulado firmamento, indicaban bien á las claras por cierto, que no había terminado la obra de la inmoralidad y el crimen.

En la mañana del sábado 1.2, reinaba una tranquilidad mas bien aparente que real, puesto que continuaban las» barricadas y armados algunos de los insurrectos. Todavía tuvieron estos un pensamiento; el pensamiento de exigir á los dueños de fábricas el jornal de toda la semana. Así se hizo por muchos.

El robo se llevó á cabo de una manera harto visible. Ni tan siquiera se cuidaron de cubrir las apariencias. Debían haber urdido una mentira que tuviese algo de verosimilitud, á fin de disimular el despojo injusto, la sed de oro que les dominaba, y lo que es mas punible, hacer befa de los que dejaban en la miseria. El delegado de la autoridad y los señores que hemos dicho le acompañaban, entran en la ciudad despreciando los peligros, invitando á los jefes de la internacional tí que se avistaran con el Sr. Beltran, para manifestarles las órdenes de que era portador.

Estos presentáronse inmediatamente al delegado del gobernador, y uno de ellos, Albarracin si no estamos mal informados, dirigió la palabra á sus secuaces que llenaban material mente la plaza de San Agustín, optando por la continuación de la lucha.

Durante aquel corto tiempo en que reinó la tranquilidad, y en vista de que la lucha no sería contra ciudadanos indefensos, verificóse una reacción en favor del orden. La venda comenzó á caer de los ojos de aquel pueblo extraviado; hicieron demostraciones contra el hecho de incendiar edificios, y el de condenar á personas de una conducta ejemplar, sin mas fundamento que la loca acusación de un niño. La evidente parcialidad de los jefes; BU cruel sistema de asesinar sin motivo alguno, y sobre todo el murmurarse que guardaban para ellos un rico botín, aparecieron al fin con su verdadera luz; y ni hablar el Sr. Beltrán de los inmensos perjuicios que se seguirían de continuar la lucha, lo injusto de la misma, y la crisis de suprema angustia porque atravesaba el país, la inmensa mayoría de los que poco antes, se entregaban á los mayores excesos, acogieron con júbilo la idea de paz. Albarracin quedó confundido ante tan imprevisto cambio, tanto mas cuanto, según decía él, contaba con las simpatías del pueblo. Persistiendo en sus con-

vicciones, trabajó Albarracin con él mayor ahinco a fin de arrastrar á los internacionalistas por el camino del crimen pero sus ilusiones y esperanzas sufrieron un rudo golpe, pues el pueblo escuchó con indiferencia sus escitaciones y amenazas.

De este modo terminó aquella terrible contienda, que había llenado de horror á la España toda, y á las once y media de la noche, dejaban Albarracín, Tomás y otros jefes menos caracterizados del movimiento, el teatro de sus sangrientas hazañas. La población semejava un cementerio, tal era el silencio que en ella reinaba, y tan grande la emigración. La mayor parte pasaron la noche al campo raso, otros huyeron á los pueblos inmediatos y no pocos hallaron en Alicante una hospitalidad cariñosa. Todo lo que sea fanatismo es perjudicial á la salud de los pueblos, y si precisa escuchar con prevención las falaces promesas y mentidos halagos de los que hacen de la doctrina predicada por el Redentor del género humano, un arma de partido; no es menos cierto que la demagogia desencadenada que pretende regenerarnos cae en el extremo opuesto, y por dudar, duda de todo y nos regala una indiferencia, un escepticismo, que es la calma en apariencia, el suicidio en el fondo.

Pretenden regenerar una sociedad corrompida, (en lo de corrompida tienen razón) pero qué medios emplean ¡Dios mío! el hacha, la tea incendiaria y el puñal!

El crimen erigido en precepto.....

Estamos en el domingo 13 de Julio.

Amanece la población desierta, ni un ruido, ni la mas ligera señal indica que aquel desierto ha sido el hervidero de las pasiones,

Por fin acuden sobre las siete de la mañana los mas animosos, después hacen lo mismo otros; ya hay alguna animación; ya empieza á reinar la confianza.

El reloj de Santa María deja oír con su lengua de bronce lentas y pausadas doce campanadas. Hacia un tiempo magnifico, y el populacho se dirigió en tropel apresuradamente hacia la puerta de la ciudad por donde debían entrar las tropas, ansioso de ver lo que iba á pasar,

En el campanario y la torre ondeaban banderas blancas en señal de paz; en los balcones de las casas habitadas, se ostentaban vistosas colgaduras, prodigábase los vivos á la república y los acordes de la música dejábanse oír.

Es digno de notar que aquel mismo pueblo, poco antes

hubiese recibido á tiros á los mismos que ahora se apresura á aclamar como libertadores.

Tan cierto es que todo cuanto existe es concreto, y por tanto, es en sí mismo diverso y contradictorio.

Lo que mueve el mundo es la contradicción, siendo ridículo ¡decir que la contradicción no puede pensarse.

Una comisión, en la que iba el señor cura de Santa María y el vicario de la misma, cuyos nombres sentimos ignorar, se adelanta á recibir á las tropas que iban á entrar en la población.

El ruido de tambores y cornetas anuncian la proximidad de las tropas, y poco después, entran en la población en medio de entusiastas aclamaciones, el general Velarde con fuerzas de artillería, 8 cañones, guardia civil, siete compañías de voluntarios de Valencia, una compañía de Albuera, otra de Soria, una sección de caballería de Carabineros y otra de coraceros, que con las fuerzas del Sr. Riera formaban un total de 4,000 hombres. Acompañaban desde Villena al General Velarde, además del Sr. Gobernador D. José María Morlius, los diputados provinciales Sres. Ivars, Linares y Crozart, el primer oficial del gobierno Civil, Sr. Carreras y D. Francisco Peris Mecheta, director de *El Cosmopolita* de Valencia. En Biar fueron todos estos señores recibidos con el mayor agrado por el Sr. Valdés, que les ofreció su casa y sus servicios, ofrecimientos que fueron aceptados. Inmediatamente que entraron las autoridades, se dictaron acertadas disposiciones, talos como publicar un bando para que en el término de una hora, se entregasen las armas, se obró de acuerdo con la autoridad judicial y popular. El Sr. Morlius convocó á la corporación municipal con la que celebró sesión nombrándose presidente de la misma á D. Tomás Maestre, y por la noche tuvo lugar otra sesión con algunos de los mayores contribuyentes presidida por el Sr. Gobernador de la Provincia. El Sr. Morlius en un elocuente discurso les puso de manifiesto la necesidad que había de deponer rencillas ó inspirándose en ideas de puro patriotismo apoyar á las autoridades constituidas, á fin de que la administración fuese una verdad. En tanto, los Sres. Beltran, Nogueras, Charques y Cervera, secundados por el señor cura de Santa María, D. Antonio Angis, profesor de instrucción pública y otras personas de buenos sentimientos, hacían lo humanamente posible para calmar los ánimos. Antes que, entraran las tropas reinaba ya en Alcoy la tranquilidad, y no debemos pasar por alto que á los buenos oficios del Sr. Beltran, debieron la libertad innumerables prisioneros que la

Internacional guardaba en lóbregos calabozos con el propósito de asesinarles tan pronto se supiese la aproximación de fuerzas. No es nuestro ánimo aquilatar aquí lo que cada cual hizo en pro de la humanidad pero sin rebajar el mérito de nadie, creemos que la mayor gloria pertenece á los mártires en primer término, después á los que como los señores que dejamos nombrados, espusieron sus vidas por salvar la de sus semejantes.

No quiera Dios que sea necesario repetir los actos de heroica abnegación, porque esto indicaría graves peligros. Por de pronto quedaba restablecida la calma, se habían desvanecido las nubes formadas en el horizonte y volvía á lucir el hermoso sol de la libertad; tan necesaria es la libertad para la vida del hombre que sin ella no se concibe la vida, como no se concibe la vida sin aire para los pulmones. Privar al hombre de la libertad, equivale á querer viva la planta sin su alimento, el agua. Si consultamos la historia sobre la influencia de la libertad en las costumbres, veremos que los pueblos que han estado sujetos á una opresión despótica, se han embrutecido y no han renunciado á adquirir su libertad de hombres. Así vemos al feudalismo combatido por las dos fuerzas que han sido los grandes móviles para el establecimiento del orden y libertad, el poder monárquico por una parte, y el popular por la otra, la dignidad real y el pueblo, le atacan y combaten sin descanso.

Equivocados están los que á despecho de la opinión pública, y después de haber llevado á cabo hechos punibles, verdaderos crímenes, siguen aun llamándose á pesar de todo, regeneradores de la sociedad. Esto sería altamente ridículo, sino fuera de funestas consecuencias para la humanidad. Después de haber vencido á los insurrectos, el gobierno de la república fue clemente, pero no débil, no renunció al castigo de los culpables, pero tampoco llenó los calabozos de inocentes; decimos esto en honor de la verdad, y haciendo justicia á sus sentimientos humanitarios.

No estuvieron mudas las voces mas elocuentes de la tribuna, nuestro respetable amigo el Excmo. Sr. Ministro de Estado á la sazón, D. Eleuterio Maisonnave, y el diputado por Alcoy Sr. Aura Boronat, protestaron ante el mundo, de los hechos vandálicos que habían tenido lugar, porque ambos inspirándose en un mismo sentimiento, el amor á la patria, conocen muy bien sus heridas, ven sus calamidades y oyen y deploran sus amarguras.

Por eso nosotros, que si no rendimos culto á personalidades, nos postramos ante la augusta magestad de la idea;

que ningún delito ocultamos ni ninguna maldad defendemos contra la libertad, y bien de todos, enviamos desde el fondo de nuestro corazón y en nombre del pueblo, el recuerdo de gratitud» inmensa, inestinguible, eterna, á dichos Señores como igualmente ¿todos y cada uno de los que han contribuido con su esfuerzo, á cerrar el periodo de las sangrientas contiendas siempre funestas á esta nación tan hidalga como infortunada, tan infortunada como heroica.

CAPÍTULO VI.

Conclusión.

Hemos llegado al término de nuestro viaje, atravesando lagos de sangre y pasando por encima de montones de ennegrecidas minas; hemos alzado una punta del tupido velo que oculta á la generalidad de las gentes la lepra que invade y cubre por completo á nuestra sociedad; para curarla es preciso el cauterio, siendo insuficientes los paliativos. Pero fuerza es decirlo, nos sentimos abrumados por la fatiga, nuestro espíritu desfallece; las fuerzas nos abandonan. Tenemos hambre y sed de justicia, de orden, de moralidad. Echamos una afanosa mirada en derredor buscando el suspirado oasis, y solo vemos el erial inculto, el páramo desierto, sin un árbol de protectora sombra. Busquemos la causa de esa fatalidad que nos persigue, no nos asemejemos á los que construyendo un edificio se olvidasen de los cimientos. Por fortuna, no es necesario profundizar mucho para hallarla en la ignorancia de unos, la ambición y mala fe de otros, y la indiferencia de los mas.

La instrucción es, á no dudarlo, uno de los medios mas eficaces de rehabilitación que en beneficio del delincuente pueden emplearse. Las faltas de la voluntad, tienen casi siempre su origen en los errores de la inteligencia, y la ignorancia merece, acaso mas que la ociosidad, el calificativo de madre de todos los vicios. Mal puede el que quizás desconoce sus deberes é ignora sus derechos, cumplir con acierto los primeros, y ejercer dignamente los segundos: mal puede el que carece de nociones exactas acerca de su propio origen, de su naturaleza, de su destino y de las relaciones que con la sociedad le ligan, realizarlos fines racionales á que está llamado sin perturbaciones constantes y desviaciones lamentables; y siendo esto así, fácilmente se desprende que el mas llano camino para enderezar al bien la voluntad torcida, será despertar en el seno de la dormida inteligencia aquella divina luz de la razón que, si es cierto que alumbrá á todo

hombre que viene á este mundo, lanza muy pálidos reflejos sobre las almas de los que se agitan en las profundidades de la miseria. La instrucción debe ser por lo tanto el primer elemento de los pueblos. El profesor, no el cabo de vara; la cátedra, no el despacho de vino, ha de ser el que corrija las costumbres.

El quietismo de los que creen que todos los esfuerzos que el hombre hace para adquirir el bien son infructuosos, es un error y error funesto. Esta creencia ha dominado en épocas de tiranía, escepticismo y degradación como las que siguieron á la de Augusto. La virtud y la libertad eran impotentes, el individuo no podía arrostrar la poderosa influencia de la sociedad, de aquí el desesperar del todo recurso y el caer en la inacción mas cumplida. Considérese ahora cual fuere la condición del linaje human, si ese abatimiento que ahoga en nosotros el germen mismo de la actividad hubiera, prevalecido. Una doctrina equivocada si se deducen de ella en rigor lógico todas las consecuencias que encierra, bastaría quizás para destruir por siempre la prosperidad á que los pueblos aspiran sin cesar. Así no es solo en filosofía donde este mal se deja ver, la historia dá testimonio de que los principios errados que se dejan introducir en la constitución de las¹ naciones, producen en el porvenir la mengua y la ruina.

la
d

ambición y mala fé no hablemos, porque de sobra de comprender nuestros lectores cuan despreciables son. Cortan de raíz estas malas pasiones es el deber de todo buen gobierno. Hoy por hoy no hay idea de que esta noble aspiración se realice; acaso *mas* tarde, así como hoy se siembra el trigo en erial inculto, se sembrará en buena tierra y fructificará. Y aquí haríamos punto final, si no tuviésemos contraído ante nuestra conciencia, el compromiso de defender al partido republicano de los rudos é intempestivos ataques de sus adversarios. Y al propio tiempo que eso hacemos, no estará demás echar una ojeada á nuestras clases desheredadas. En vano pretenderán los reaccionarios de todos maticen escusar su falta de fé en los principios; y su odio á la libertad, al echar sobre el partido republicano español, la culpa de lo sucedido. Si otra prueba no hubiese, bastaría la protesta de sus hombres mas eminentes, en la tribuna, en la prensa y en todas partes. Viniéndose á los sucesos de Alcoy que es donde hacen hincapié los conservadores de todos matices, vemos lo que dice el Sr. Maisonnave en el mas elocuente de sus discursos:

«Señores diputados: Perdonadme ante todo si al contes-

tar á la pregunta que ha tenido la bondad de dirigir al gobierno el Sr. Aura Borónat, veis algo de incoherencia en mi pensamiento; perdonadme si oís salir de mis labios la voz temblorosa; perdonadme también si no soy tan categórico, tan explícito como debiera serlo en esta circunstancia, que para mi es solemne. Son tales las noticias particulares que he recibido de la desgraciada Alcoy; son tales los hechos que según amigos que me merecen completa fé han ocurrido allí, que puedo aseguraros que desde que he leído estas cartas no soy dueño de mí. Mi corazón palpita con vehemencia, mi imaginación se pierde, y la tristeza profunda que han causado en mi alma los crímenes de que han sido víctimas algunos amigos íntimos míos que venían trabajando por la república muchos años, han colocado mi ánimo en la situación mas deplorable que os podáis imaginar.»

No es esto el grito de un corazón herido en su fibra mas sensible? No es esto la condenación mas explícita y terminante de los sucesos de Alcoy? Como imputárselos á un partido? El Sr. Maisonnave protesta en nombre del gran partido republicano, y la protesta está muy en su lugar, para ha-corrallar á quien se atreva á sostener lo contrario.

Todavía hay mas, el partido republicano es el primero que comprendiendo lo mucho que hay que hacer en pro del esclavo blanco, del trabajador, se apresuró á mejorar su condición.

Hé aquí el decreto á que nos referimos:

Dictámen de la comisión de Fomento, relativo al proyecto de ley regularizando el trabajo de loa talleres y la instrucción en las escuelas de los niños obreros de ambos sexos.

Sin discusión fueron aprobados los siguientes artículos de que se compone el proyecto:

Artículo I. " Los niños y las niñas menores de 10 años no serán admitidos en ninguna fábrica, taller, fundición ó mina.

Art. 2." No escederá de cinco horas cada día, en cualquier estación del año, el trabajo de los niños menores de trece, ni el de las niñas menores de catorce.

Art. 3° Tampoco escederá de ocho horas el trabajo de los jóvenes de 13 á 15 años, ni el de las jóvenes de 14 á 17.

Art. 4.° No trabajarán de noche los jóvenes menores de 15 años, ni las jóvenes menores de 17, en los estableci-

mientos en que se emplean motores hidráulicos ó de vapor. Para los efectos de esta ley, la noche empieza á contarse desde las 8 y media.

Art. 5.º Los establecimientos de que habla el artículo anterior, situados á más de cuatro kilómetros de lugar poblado, y en los cuales sé hallen trabajando permanentemente mas de 80 obreros y obreras mayores de 17 años, tendrán obligación de sostener un establecimiento de instrucción primaria, cuyos gastos serán indemnizados por el estado. En él pueden ingresar los trabajadores adultos y sus hijos menores de 9 años.

Es obligatoria la asistencia á esta escuela durante tres horas por lo menos para todos los niños comprendidos entre los 9 y los 13 años, y para las niñas de 9 á 14.

Art. 6.º También están obligados estos establecimientos á tener un botiquín y á celebrar contratos de asistencia con un médico-cirujano, cuyo punto de residencia no esceda de 10 kilómetros, para atender á los accidentes desgraciados que por electo del trabajo puedan ocurrir.

Art. 7.º La falta de cumplimiento á cualquiera de las disposiciones anteriores, será castigada con una multa de 125 á 1250 pesetas.

Art. 8.º Jurados mistos de obreros, fabricantes, maestros de escuela y médicos, bajo la presidencia del Juez municipal; cuidarán de la observancia de esta ley y de su reglamento; en la forma que en él se determine, sin perjuicio de la inspección que á las Autoridades y Ministerio fiscal compete en nombre del Estado.

Art. 9.º Promulgada esta ley, no se construirá ninguno de los establecimientos de que habla el art. 1.º, sin que los planos se hayan previamente sometido al examen de un Jurado misto y hayan obtenido la aprobación de éste, respecto solo á las precauciones indispensables de higiene y seguridad de los obreros.

Art. 10. En todos los establecimientos mencionados en el art. 1.º, se fijará la presente ley y los reglamentos que de ella se deriven.

Art. 21. El Ministro de Fomento queda encargado de la ejecución de la presente ley.

Artículo transitorio. Interin se establecen los Jurados mistos, corresponde á los Jueces municipales la inmediata inspección de los establecimientos objeto de esta ley.

El obrero que instigado por las necesidades naturales y por la ineptitud que tiene para oficios superiores vive pegado al telar como una ostra á su concha. Su deseo casi único es

vivir. Recibe do consiguiendo lo que solo basta para esto; su salario no se mide, tanto por la importancia que tenga en la producción, como por el conjunto de circunstancias que ser requieren en cada país para sostener la existencia. La condición del obrero manual es dolorosa; y eso justamente nos mueve á llamar la atención de los gobiernos; por eso elojiamos al partido republicano que tuvo un recuerdo para ese cuarto estado tan desgraciado. Se nos dirá tal vez que las leyes, no se cumplen, es cierto. Todavía hay en los talleres un punible abandono, trabajan juntos mugeres, niños y hombres. ¡Triste condición la de la mujer! Las clases elevadas ignoran generalmente muchas miserias. Los que rigen los destinos de la sociedad, salvo honrosas escepciones, no saben lo que sufre el sexo débil.

Arrebatadas desde niñas al seno de la familia, son comúnmente víctimas de la sensualidad de los *amos*, que exigen de ellas lo físico, ellas lo rinden, y muchas veces la que olvida sus deberes, fallece de necesidad, cuando su hermosura se marchita. La desgracia nos anonada. Obsérvense aquellos desventurados saliendo de los penosos talleres, ó de los vapores mefíticos de la estrecha vivienda en que yacen hacinados; su tez macilenta y sus desencajadas facciones muestran las instes señales del dolor y el sello de los padecimientos; maldicen con razón su aciago destino; al paso que los halagüeños vaivenes del regocijo cuajan las sonrosadas mejillas de las felices del siglo. Se ha observado que los países en donde las mujeres son libres y pueden aspirar á los mismos derechos que los hombres en la sociedad, son también mas civilizados. El arranque de esclavitud en todo pueblo viene á concentrarse en las mujeres y niños como seres mas indefensos; y de ahí que en todos los imperios despóticos de Europa y Asia, vemos que las mujeres viven esclavas. Síguese de lo dicho, que despojar á la mujer del aprecio de los hombres, propende á esclavizarla y convertir el gobierno en despotismo: y que cuanto mas puras son las costumbres, mas estimadas y respetadas son las mujeres, y mas encaminado vi el gobierno por el rumbo de la libertad. Cuando las costumbres se corrompieron en la antigua Roma, convirtiéndose la república en despotismo; y los monstruos, tales como los Nerones y Calígulas, asombraron con sus crímenes. Reflexionen sobre esto los gobiernos y los encargados de ejecutar sus órdenes. Solamente Dios, en su sabiduría infinita, puede prescindir del raciocinio; porque siendo perfecta su ciencia, no hay para él pasado ni futuro. En el grano que acaba de caer en la tierra vé el árbol con sus

frutos. Al hombre criatura finita no le es dado descubrir tan vasto horizonte. Estudiéense los antecedentes. Estudiarlos antecedentes equivale á conocer bien el caso particular para señalar luego el principio á que ha de referirse. ¿No incurrirían en un error grosero si ateniéndose a observaciones superficiales ó simples delaciones se empeñasen en sostener una inculpabilidad ilusoria? Procediendo con previsora prudencia, es como se evitarán muchas injusticias.

Tenemos los mejores antecedentes del juez encargado de la averiguación de los hechos, del subgobernador de Alcoy D. Toribio Ruiz de la Escalera, antiguo funcionario público, del Sr. Sanjuan, gobernador militar, y del alcalde popular señor Maestre, y esperamos desempeñarán su cargo con el mayor acierto y pulso, dadas las circunstancias porque ha pasado aquella populosa ciudad. ¡Qué Dios os inspire para hacer el bien público, y no divorciéis al pueblo con la justicia!

A continuación insertamos el elocuente discurso pronunciado en la sesión del 12 de Julio de 1873, por el señor D. Eleuterio Maisonnave, seguros de que han de agradecerlo nuestros lectores. Notable por su forma y por la idea que revela, todo cuanto pudiéramos decir en su abono sería pálido; pero no estará demás recomendar su lectura á los que recojen del suelo todo lo que hay de mas indigno y bajo para arrojárselo al rostro de un partido noble y generoso.

Helo aquí:

«Señores diputados: perdonadme ante todo si al contestar á la pregunta que ha tenido la bondad de dirigir al Gobierno el Sr. Aura Boronat, veis algo de incoherencia en mi pensamiento; perdonadme si oís salir de mis labios la voz temblorosa; perdonadme también si no soy tan categórico, tan explícito como debía serlo en esta circunstancia, que para mí es solemne. Son tales las noticias particulares que he recibido de la desgraciada Alcoy, son tales los hechos que, según amigos que me merecen completa fé, han ocurrido allí, que puedo aseguraros que desde que he leído

estas cartas no soy dueño de mí. Mi corazón palpita con vehemencia, mi imaginación se pierde, y la tristeza profunda que han causado en mi alma los crímenes de que han sido víctimas algunos amigos íntimos míos que venían trabajando por la República hace muchos años, han colocado mi ánimo en la situación mas deplorable que os podáis imaginar.

Diré ante todo á la Cámara las noticias oficiales que el Gobierno tiene; después diré algunas de las noticias particulares, porque no pueden decirse todas, por honra de este sitio, por honra de este país, por honra de la República, por quien tanto trabajamos.

El Gobierno tuvo conocimiento, señores diputados, de que los internacionalistas en Alcoy provocaron una huelga general. Los huelguistas se presentaron primero en una actitud pacífica, exigiendo aumento de jornal y disminución de horas de trabajo sin que se sepa si los fabricantes estaban ó no dispuestos á acceder á las exigencias de los obreros.

Después de esto exigieron algo mas; exigieron la destitución del ayuntamiento y el nombramiento de los individuos que ellos creyeran conveniente. El alcalde de Alcoy, el desgraciado D. Agustín Albors, que compartió con nosotros las fatigas del Parlamento en las Constituyentes de 1869; el hombre que desde 1844 había venido haciendo sacrificios por la libertad y por la República; el hombre que había alcanzado una gran reputación por su integridad, por su energía y por su amor á las instituciones que nos rigen, se negó resueltamente á las exigencias de los huelguistas, y quiso defender su derecho y el del ayuntamiento que presidía. Los huelguistas no se conformaron con esto; concedieron tres horas de plazo al alcalde para presentar la dimisión; el alcalde se negó, se encerró dentro de la casa de ayuntamiento con algunos particulares que le ofrecieron su apoyo, algunos individuos de la milicia ciudadana y la poca fuerza de guardia civil que había en la población.

Las amenazas desgraciadamente se convirtieron en hechos; los amotinados acometieron á la casa ayuntamiento, y después... permitidme que no os diga lo que sucede: el Gobierno no ha tenido noticia de lo ocurrido después, sino por conducto de algunos desgraciados que lograron escapar de Alcoy y se fueron á Villena, y Alicante. Por ellos se ha tenido noticia del asesinato de Albors, del recaudador de contribuciones, y de haber sido devorados por las llamas algunos de los edificios principales de la población, añadiendo que hay unos ocho ó nueve mil amotinados en armas den-

tro de Alcoy, y que tienen en rehenes algunas personas importantes.

Fácilmente comprenderéis, señores diputados, que en presentí!* de tales noticias, el Gobierno tenía necesidad de tomar medidas enérgicas; las ha tomado en efecto; ha buscado fuerzas donde ha podido encontrarlas ha utilizado todos los medios, que podía haber á las manos para hacer que se respetara la ley, que los acuerdos de esta Asamblea fueran cumplidos, y que cayera el debido castigo sobre los culpables.

En este estado las cosas, ayer se recibió un telegrama, no por el Gobierno, sino por un particular, en el sentido que indicaba el Sr. Aura Boronat; telegrama en el cual algunos de los primeros contribuyentes de Alcoy pedían al Gobierno que no se enviara fuerza alguna sobre la ciudad, porque esto podía, ser causa de una mas sangrienta catástrofe, é imprecaban del Gobierno conmiseración para los desdichados autores de estos crímenes, rogándole también lo que no necesitaban, rogar, que tuviera prudencia, y digo que no necesitaban pedir prudencia, porque el Gobierno la tendrá indudablemente, como la ha tenido en Otras ocasiones, por más que esta prudencia sea Compatible con una gran energía.

Se ¿equivoca el Sr. Aura Boronat, perdone S. S. que se lo diga, al suponer que el Gobierno, después de haber recibido este telegrama, pudiera no tomar medida ninguna: ha tomado las que ha creído necesarias, ha dado sus instrucciones al capitán general de Valencia, que se encuentra cerca de Alcoy en este momento con fuerzas considerables, y las instrucciones que le ha dado, perdónenme los Sres. diputados, no es este el momento oportuno de decirlas.

¿Y qué he de deciros, si me he propuesto que no sufráis lo que yo sufro que no tembléis como yo tiemblo, que no os horripiléis como yo me horripilo. ¿Para qué he de contaros hechos como el de preguntar al pueblo, desde las ventanas de la casa-ayuntamiento, «como quería que se les entregaran aquellos infelices, si vivos ó muertos?» ¿Para qué he de deciros la desgraciada muerte que ha cabido al gefe de la guardia civil que allí cumplía con su deber? -¿Para qué he de deciros tampoco la desgracia que ha cabido á uno de mis mas íntimos amigos, que le han corrido como á un perro rabioso, en la situación mas deplorable, y después de haberle escarnecido en medio de los mayores dolores, ha sido asesinado de la manera mas brutal y cruel? Permitidme, señores diputados que separe mi vista de este cuadro.

Dije antes y vuelvo á deciros que no quiero contristar vuestro ánimo como lo está el mío; una cosa os diré sin embargo, y es que estos hechos me merecen entero crédito, porque son referidos por personas de gran veracidad, que salieron de Alcoy ayer á las doce de la mañana; pero suspended, vuestro juicio hasta que se confirmen, que yo tengo la convicción profunda, por desgracia, de que se confirmarán.

Después de esta relación, ¿cree el Sr. Aura Boronat, creen los señores diputados que un Gobierno que tenga algo de dignidad, no digo ya amor á las instituciones actuales, que un Gobierno que aprecie en algo su decoro político puede dejar estos delitos impunes? Imposible, (Aplausos prolongados.—Una voz. *Que no haya perdón para nadie.*)

Nosotros no imitaremos su conducta, porque no es posible imitar la conducta de estos caribes; pero nosotros seremos inexorables y aplicaremos todo el rigor de las leyes á tan miserables asesinos (*Bien, bien*)-, á esos desdichados que han manchado el suelo de la patria con sangre de hermanos suyos, con sangre de aquellos que tantos sacrificios han hecho, como dije antes, por la causa de la libertad y de la República.

¿Quiénes son los que han perpetrado estos hechos? Yo no lo sé. Circulan de boca en boca ciertas versiones que hacen responsable directa ó indirectamente á determinada persona; pero el Gobierno viene aquí á hacer declaraciones sobre hechos concretos que le atañen, y no en manera alguna á denunciar á nadie ante el Parlamento, que eso compete á los tribunales de justicia, y los tribunales de justicia resolverán lo que crean procedente. (*Bien, bien*).

¿Tiene elementos el Gobierno, como preguntaba el señor Aura Boronat, para que estos hechos se castiguen? Sí; tiene elementos bastantes. Si el Sr. Aura Boronat, como cualquiera otro señor diputado, quiere conocer la actitud del Gobierno en esta cuestión concreta, si se toma la molestia de analizar y de estudiar sus actos, si sigue paso á paso la conducta del Gobierno desde que tuvo la primera noticia, verá que en este caso, que en esta ocasión ha manifestado toda la energía que necesitaba manifestar, y ha sido todo lo pronta que debía ser la resolución de sus propósitos para conseguir el fin que deseaba.

Yo no sé, señores diputados, si será esta ocasión oportuna para que el ministro de Estado diga á la Cámara qué es lo que ocurre en el resto de España, y para que esponga á la consideración de las Cortes la situación en que el país se en-

cuentra y la gravísima crisis que atravesamos. Yo creo que si. (*Varias voces: Sí, sí.*)

Al mismo tiempo que estos hechos ocurren en Alcoy, ya sabéis todos lo que en Málaga ocurre también; sin embargo, la situación de Málaga ha mejorado relativamente desde hace dos días; pero lo ocurrido allí es el síntoma grave de la descomposición de este país. Se levanta en armas un hombre, abandona á Málaga, hace un viaje; dicho por algunos ó calificado por algunos de recreo, y por otros de conquista; pasa por Córdoba y vá á Sevilla. Procede en Sevilla como todos vosotros sabéis; se vuelve y vá á Málaga con objeto de conquistar aquellos seis cañones ofrecidos por el.... no diré por el Gobierno, señores diputados: iba á decir que por el Gobierno, pero el Gobierno puede asegurar que no los ha concedido, ni tampoco el anterior; ni uno ni otro han tenido conocimiento de estos hechos; mas un empleado del Gobierno ha tenido intervención en esto, y mi opinión es que se le exija la debida responsabilidad. (*Aplausos.*)

Vuelve á Málaga esta especie de conquistador, como decía, se apodera de la población y hace escapar á las personas que de distinto modo pensaban ó juzgaban la manera de ser de aquella ciudad, y torna posiciones, y prepara sus cañones, y pone telegramas al Gobierno diciendo que «o adhiera á él; constituye un ayuntamiento y se erige en dictador; y cuando tiene conocimiento tal vez de que el Gobierno se proponía no creer en sus mentidas palabras, se retira de Málaga, saca sus fuerzas, recoge sus cañones y marcha á Alora.

Separad ahora vuestra vista de esto, y fijadla en Cataluña. Afortunadamente, señores, no se ha confirmado oficialmente la noticia de la derrota del general Cabrinety (*Rumores*). He dicho oficialmente; pero no es menos cierto tampoco que las partidas carlistas en Cataluña toman un gran incremento, que las partidas carlistas en Cataluña están mas amenazadoras que antes, y que parece que las partidas carlistas empiezan á cobrar alguna esperanza de reconquista.

¿Y para qué he de llamar vuestra atención sobre lo ocurrido en Sanlúcar, en San Fernando y en infinidad de pueblos de España, si vosotros lo sabéis tan bien como yo, si vosotros lo conocéis tan bien como yo?

La situación del país es tristísima, y no necesito molestaros mucho tiempo haciéndoos una relación de estos hechos. Y pregunto, Señores diputados, ¿es halagüeña esta situación?

¿No es triste, tristísimo, el estado en que el país se encuentra? ¿No desconsuela ver por una y otra parte conjuraciones de los partidos reaccionarios, según se dice, conspiraciones de nuestros mismos amigos, hechos horrorosos como los de Alcoy, y las partidas carlistas creciendo? ¿No comprendéis, señores diputados, que estamos atravesando la crisis mas tremenda de cuantas ha atravesado el país hace muchos años? ¿Puede darse situación mas grave? En concepto mío, señores diputados, y esta es una opinión individual, no. Y digo que no, no por lo que esto significa, sino porque este es el principio de otros hechos que Dios quiera no lamentemos pronto.

Yo, señores diputados, no puedo considerar lo que está sucediendo como la consecuencia natural del actual orden de cosas. Yo me esplicaria, por mucho horror que me causaran, ciertos hechos en los primeros momentos de la República; en aquellos instantes en que del pueblo se apoderó cierto vértigo, producido, no sé si por el entusiasmo, no sé si por la venganza, no sé por qué, como yo me he explicado, por mucho horror que me causaban, los hechos de la *Comune* de París. Pero, señores diputados, después de cinco meses de proclamada la República; después de cinco meses en que hemos tenido una paz relativamente grande en nuestro país ¿puede encontrarse, algo que atenúe semejantes atentados? ¿Cómo os los explicáis? Yo puedo decir por mí que no me los esplico mas que por conjuraciones de algunos de nuestros mismos amigos, que quieren minar los cimientos de la República para que la República caiga que tienen interés grande en demostrar al país que la República no es compatible con el orden y con la libertad. Esto por una parte; por otra, los enemigos encarnizados de la República, pero los enemigos declarados, enemigos que lo han venido siendo nuestros desde los primeros momentos. Desgracia grande es, por cierto, que en este país, señores diputados, no puede haber un partido caído que no conspire ó que no se retraiga!

Yo entiendo que la situación es grave; entiendo que el Gobierno tiene la necesidad imprescindible de seguir una marcha enérgica, resucita, en el camino del orden, que no es incompatible, ni mucho menos, con las reformas que han venido pidiéndose aquí uno y otro día, (El Sr. La Rosa, Pido la palabra). Yo entiendo que no es fácil, no digo posible? que no es fácil que se piense hoy en nada mas que en restablecer el orden público; porque, señores diputados, Si no tememos españoles que obedezcan nuestras leyes, ¿para é hacerlas? (*Bien, bien.*)

No se podrá acusar al Gobierno de inacción; no podrá decirse que alguno de mis compañeros se ha cruzado de brazos ante los ofrecimientos hechos á la Cámara y al país. Aquí Tienen un día y otro día con proyectos de ley de las reformas que pide el partido republicano; de esas reforma» que con tanto empeño pide el pueblo; de esas reformas que sirven como de bandera á algunos de nuestros amigos. Pues si el Gobierno ha demostrado actividad; si el Gobierno ha manifestado á la Cámara que tiene un interés grande, vivísimo, en cumplir sus compromisos; si el Gobierno iba venido aquí uno y otro día leyendo proyectos de ley que son el cumplimiento de sus compromisos, ¿en qué pueden fundarse estos hechos? ¿Qué razón hay para estos pronunciamientos constantes, para estos sucesos horribles, señores diputados? Yo no veo mas que la que antes os dije.

Creo que el Sr. Aura Boronat, y sino el Sr. Aura Boronat, muchos señores diputados han preguntado al Gobierno si estaba dispuesto á hacer uso de las autorizaciones concedidas por la Cámara. Yo entiendo que por algo se pidieron, yo entiendo que para algo las Cortes las concedieron. Y si este gobierno tiene concienciado la misión que viene á desempeñar en la sociedad española, si tiene conocimiento del estado del país, claro está que estas mal llamadas autorizaciones está dispuesto á usarlas. ¿Cómo? ¿En qué forma? Perdonad que el Gobierno no lo revele; no es posible que se traigan á la discusión pública ciertos detalles; no es posible que el Gobierno venga aquí á pedirnos vuestra Venia para usar estas autorizaciones ó para que le indiquen la forma en que debe usarlas; porque esto aparte de ser antiparlamentario,, colocada al Gobierno en una situación hartamente deplorable ante la Cámara. La palabra *autorización* algo significa, y al concederlas creísteis que este Gobierno iba a utilizarlas de tal manera que contribuyeran directamente á la realización de vuestros propósitos; y esto yo os lo aseguro que el Gobierno lo hará.

El Gobierno esta completamente decidido como dije antes y he repetido muchas veces desde este banco, á restablecer el orden público, cueste lo que, cueste, y pese á quien pese, porque esta es la misión principal que tiene que desempeñar; y si veis vosotros, señores diputados, que no hacemos el uso conveniente de los medios que pusisteis en nuestras manos; si veis que este Gobierno no tiene energía bastante, para cumplir su deber restableciendo el orden público, medios tenéis, señores diputados, para demostrar vuestro sentimiento y desaprobación.

Yo os ruego que así lo hagáis por lo que á mi me toca, porque ante todo y sobre todo está la salvación de la patria, y la salvación de la República; y este Gobierno del que formo parte (y esta declaración la hago individualmente) no puede salvar la situación, porque su inteligencia es corta ó su energía no es bastante, ó las condiciones que le rodean le oprimen demasiado; yo os ruego, en nombre de la patria, que manifestéis vuestra desaprobación, para salir cuanto antes de este banco, y para que vengan otros hombres, sean los que quieran, de cualquier procedencia que sean, siempre que traten de salvar la patria, que está en peligro.

FIN.